

## La luz que siempre ha existido

Eva Säter

Es un placer tener esta oportunidad de compartir con ustedes hoy algunas reflexiones sobre la Luz, con especial referencia a la Luz y el reino vegetal. La humanidad tiene una gran responsabilidad en relación con la evolución de los reinos inferiores de la naturaleza y en ayudar a que esas vidas evolucionen. Por ello, es relevante reflexionar sobre cómo nuestro servicio de Triángulos, con su evocación y distribución de la luz del alma, se relaciona con el mundo natural y, en este caso, con el reino vegetal, como también con la elevación del reino humano.

Primero, es inspirador recordar la profecía de que Cristo fusionará y sintetizará en Sí Mismo tres principios de la divinidad; y que, cuando Él aparezca: «la luz, que siempre ha existido, será vista; el amor que nunca cesa será comprendido, y la radiación profundamente oculta, vendrá a la existencia» ... «Entonces nacerá un nuevo mundo -un mundo que expresará la luz, el amor y el conocimiento de Dios en un crescendo de revelación». Estos son los tres principios divinos que intentamos visualizar y difundir en nuestro servicio de Triángulos, y ser parte de una red floreciente de distribución. La luz es el camino para su Obra planificada de traer amor y radiación al mundo.

Centrándose en este primer principio, en el principio de la luz, puede ser interesante dirigir la mirada al reino vegetal y ver la luz reflejada a través de este reino, ya que su vida depende de la luz solar. La fotosíntesis, la conversión química de la luz solar y el aire en azúcar y oxígeno (a base de carbón) son, después de todo, lo que expresa el genio creativo de este reino. La fotosíntesis, que las cianobacterias aportaron a las algas, y la fusión de estas con las algas, ha sido un éxito evolutivo tan notable que el reino vegetal, fruto de esta colaboración y síntesis entre dos organismos diferentes, ha sido reconocido espiritualmente como el único regalo que hasta ahora el planeta Tierra ha ofrecido al sistema solar.

La historia comienza así: *«Hace mil quinientos millones de años, una célula similar a un alga se tragó una cianobacteria. Esa célula similar a un alga fue el organismo primitivo del que posteriormente evolucionarían tanto los animales como los hongos, y la cianobacteria es un ancestro de la inimaginable diversidad de bacterias que inundan nuestro mundo actual. Pero juntas marcaron el comienzo de una nueva rama de la vida. A la deriva en las turbias aguas del Precámbrico, este único centinela de un nuevo reino comenzó a realizar la fotosíntesis. Tomó la luz solar y transformó los materiales disponibles en su entorno (agua, dióxido de carbono, tal vez algunos micronutrientes) en azúcar».*

Esta cita proviene del brillante y sugestivo libro "Los Devoradores de Luz: La Nueva Ciencia sobre la Inteligencia Vegetal", de la periodista ambiental Zoë Schlinger. En él, Schlinger relata el drama de la creación de una forma novedosa, sopesando con precisión y profundidad ambos lados del debate científico. Por un lado, están aquellos científicos que sostienen que las plantas tienen inteligencia y capacidad de acción, y por otro, aquellos que se oponen a ello. A

partir de esto y de su propio estudio y experiencia con las plantas, Schlinger construye una visión del futuro de la vida vegetal. Una visión que contempla la posibilidad de otorgarles estatus legal, de modo que puedan tener una voz que las proteja frente a la extinción y la destrucción de ecosistemas enteros, esenciales para su supervivencia y evolución continua.

Argumenta, junto con muchos científicos en los campos de la botánica y la ecología evolutiva, que las plantas tienen capacidad de acción. La palabra vegetal ha sido usada como sinónimo de un ser humano en estado vegetativo, es decir, sin actividad cerebral. Sin embargo, el significado original del verbo latino *vegetare* significa “animar” o “dar vida”. *Vegere* era precisamente el estado de estar vivo, de estar activo. La actividad de las plantas y su comportamiento son ahora estudiados por equipos de investigación en conducta, y el mismo diseño experimental que se ha aplicado a los animales puede ser utilizado con plantas en casi todos los casos. Incluso se están realizando investigaciones sobre la personalidad de la artemisa (sagebrush).

La capacidad de actuar con un comportamiento flexible sin duda es una cualidad que poseen las plantas. A pesar de su inmovilidad, pueden responder creativamente al entorno y satisfacer sus propias necesidades de crecimiento, regeneración y supervivencia en condiciones adversas mediante la producción de una gran variedad de compuestos químicos que atraen o repelen, según la necesidad del momento. Mediante la regulación interna de la presión en las venas de diferentes partes del sistema radicular u otras partes de la planta, pueden estimular el crecimiento o detener el crecimiento de una parte improductiva que no puede fotosintetizar lo suficiente para el bienestar de toda la planta.

La división entre científicos y filósofos en el mundo occidental puede rastrearse hasta la antigua filosofía griega. Aristóteles situó en su escala de la vida, *scala naturae*, a las plantas en la base y a la humanidad en la cima. Aristóteles argumentó que no existían inteligencia ni sensaciones en la base. Un peldaño más arriba asignó la sensación a los animales. La racionalidad de la humanidad se mantuvo en la cima para el uso instrumental y el dominio del mundo natural, mientras que se abandonaron los actos rituales anteriores para vivir en paz y mostrar deferencia hacia los elementos y las criaturas no humanas. Fue este modelo de pensamiento Aristotélico, el que llegó a dominar las ciencias naturales y la moral occidental, y como todos sabemos, esto no ha cambiado mucho. Pero hubo excepciones.

Aristóteles tuvo un alumno destacado llamado Teofrasto. Al morir, dejó su escuela a Teofrasto, quien tenía un interés especial por las plantas. Publicó el primer libro conocido sobre las plantas y su comportamiento. Escribió que las plantas no eran pasivas, sino que estaban en constante movimiento, buscando satisfacer sus deseos y mostraban tanto afinidades como rechazos.

Charles Darwin, tras su obra *El origen de las especies*, dedicó su interés a las plantas. Junto con su hijo Francis, observó sus movimientos, por qué se movían y cómo lo hacían, y las consideró como seres con actividad y propósito. Estudió sus sistemas radiculares y los estímulos que impulsaban a las raíces a crecer en una u otra dirección. Descubrió que la punta de la raíz, la cofia radicular, funcionaba como un cerebro capaz de percibir la humedad, los nutrientes, los

obstáculos y los peligros, y dirigir el crecimiento de la raíz a partir de esa información. Llamó a la cofia radicular un "cerebro-raíz", algo en lo que ningún botánico de la época creía. Desde entonces, la ciencia moderna ha recopilado más evidencia de que las plantas son sensibles al tacto, al sonido, y a la luz, tienen memoria y pueden desarrollar un comportamiento social inteligente, aunque no puedan explicar cómo lo hacen. Están alertas, despiertas al mundo, son espontáneas, receptivas, recopilan información y toman decisiones constantes sobre cómo actuar para sobrevivir. Se comunican a través de complejas relaciones familiares y también con otras especies.

Para dar algunos ejemplos muy breves de comportamiento con intención propia, plantas como el tabaco, la artemisa, el aliso rojo y el sauce responden de manera específica y exclusiva al sonido de su depredador; por ejemplo, el ruido de una oruga masticando una hoja. Ese sonido desencadena en la planta la producción de compuestos químicos capaces de enfermar o incluso matar a la oruga. Otros sonidos pueden hacer que estas mismas plantas combatan infecciones por hongos perjudiciales o comiencen a prepararse para condiciones de sequía. Las raíces de las plantas pueden oír el sonido del agua corriendo bajo la tierra y orientar su crecimiento hacia ella.

Dentro del espectro de luz, las plantas absorben las longitudes de onda roja y azul. El color verde que vemos en una planta corresponde a la longitud de onda que no absorben, sino que reflejan. Esta información también es utilizada por las plantas para evaluar el tamaño y la calidad de otra planta cercana, y ajustar su altura, a fin de no relegar a un miembro cercano de su familia a vivir en la sombra. Los botánicos han descubierto diversos receptores de luz en las plantas, lo que permite que estas evalúen los cambios en el color y la calidad de la luz solar y detectar si la luz ha atravesado o no una planta vecina.

Las plantas han desarrollado la capacidad de reconocer a sus parientes. Si los girasoles se cultivan en hileras muy juntas, evitan el desarrollo agresivo de sus raíces en zonas del suelo con alto contenido nutricional. En lugar de competir, ajustan el crecimiento de sus raíces para ceder esos nutrientes a sus hermanas. Inclinan sus tallos en ángulos alternados para no hacer sombra a sus familiares cercanos. Existen muchos más ejemplos de comportamiento social que ponen en justa proporción la antigua creencia de que las plantas siempre compiten agresivamente por el alimento y la luz solar. Las plantas pueden adaptarse a variaciones complejas en su hábitat y demostrar auténticas habilidades sociales.

Debido a nuestro estilo de vida moderno, rara vez recordamos, ni reconocemos con gratitud, que el reino vegetal es un hermano mayor, sin el cual nuestra vida en la Tierra no sería posible. No podríamos existir sin su capacidad para fotosintetizar la luz y el dióxido de carbono. Ni los animales ni los humanos podrían encontrar sustento ni construir cuerpos. Comparado con el reino vegetal, el reino humano es un infante y, por lo tanto, vulnerable, porque no podemos sobrevivir sin nuestro hermano. Ellos nos precedieron y hoy constituyen el 80 % de la materia viva del planeta. Los científicos calculan que, gracias a la fotosíntesis, existen más células vivas en el mundo que granos de arena o estrellas en el cielo.

Cuando demos el siguiente paso evolutivo como familia humana, no lo haremos solos. Hasta ahora hemos trabajado en interdependencia con los reinos

inferiores de la naturaleza. Compartimos la luz del sol, las cualidades que han formado los minerales de la tierra, el agua y el oxígeno que las plantas exhalan a la atmósfera, y los azúcares derivados del carbón que produce el reino vegetal, lo que permite que plantas, animales y humanos puedan construir sus cuerpos y encontrar sustento en la tierra.

Nuestra atención dedicada en el trabajo de Triángulos a las energías divinas sintetizadas por el Cristo en el centro de cada Triángulo responde al llamado del reino humano de acercarse a la Jerarquía. Podríamos contemplar la exuberante y creativa biodiversidad del reino vegetal como un anticipo viviente de la creatividad espiritual y la capacidad de ingenio que una humanidad impregnada por el alma será capaz de manifestar, al fusionarse con el reino de la luz y del amor del alma.

A pesar de ser el más inmaduro evolutivamente entre los reinos humano y vegetal, estamos al borde de dar a luz el principio Crístico de amor-sabiduría en la conciencia humana y, con ello, de hacer manifiesto un nuevo reino en la naturaleza, el quinto reino, el reino de las almas. Nuestro trabajo con Triángulos está sentando las bases etéricas para la futura exteriorización de la Jerarquía espiritual en el plano material.

A veces, y quizás cuando menos lo esperamos, ocurre que somos impresionados por el Asombro. El reino vegetal puede brindar muchos de esos momentos, pero también lo hace el mundo espiritual. Quisiera concluir con una cita de un poema titulado ASOMBRO, de la poetisa Mei-Mei Berssenbrygge. Al igual que Zoë Schlanger, ella mantiene un delicado equilibrio entre la observación científica y una visión espiritual en diálogo con el mundo, un mundo que para ella incluye la tierra, las plantas y las estrellas.

## **MARAVILLA**

*Una noche de verano, caminando desde casa después de la cena, las estrellas tiñen el cielo casi de blanco.*

*Mi asombro es como la ceguera; el asombro se transforma en visión.*

*Estrella tras estrella compone una multiplicidad como el pensamiento, pero en silencio, demasiado denso para cualquier planeta oscuro que haya entre ellas.*

*Mientras que las estrellas solitarias son un rasgo del horizonte al anochecer, atrapadas en el borde de la red de gemas.*

*La transparencia que pende de su conexión exterior moldea la aparición como acreción, completando un florecimiento extravagante y eufórico.*

*Entonces, el ser en la materia se conoce como espíritu, de aquí para allá.*

*Vuelvo a casa y les digo a mis hijos que salgan a mirar.*

*Las almas de mis dos hijos vuelan como pajarillos hacia las ramas de la Vía Láctea, charlando entre ellos, nombrando constelaciones, comparando los cristales y el fuego.*

*Exclaman ante las similitudes entre lo que ven en el cielo y en nuestra tierra.*

*Así, mediante el Asombro, fortalecen la correspondencia entre el cielo y el hogar. La Tierra está hecha de esta alquimia de todos los niños, humanos y animales, combinada con nuestra profunda gratitud.iii*

Este poema me hizo pensar en el momento en que nuestros Triángulos y la red planetaria puedan ser vistos, en el futuro, a través de la visión etérica, y su luz dinámica y transmisora sea revelada como una creación maravillosa. Así como las plantas han desarrollado el genio de alquimizar la luz del sol, nosotros poseemos el genio creativo para buscar cada rayo de luz del alma, del corazón del sol, y aún más allá, a medida que nuestra creatividad espiritual evolucione. Y en ese proceso, no solo daremos forma a un nuevo reino en la Tierra, sino también a una nueva cultura del alma y a una civilización más iluminada. En preparación para ello, servimos, construimos y oramos por el amor que nunca cesa, y por la radiación, profundamente oculta, que ha de irrumpir hacia la manifestación.

Gracias por escuchar.